

Adiós a la ambición

José María Fernández Isla

No hace demasiado tiempo, escribía a propósito de la oportuna doble reedición llevada a cabo por la colección Biblioteca de Arquitectura de "El Croquis" de "La arquitectura de nuestro tiempo", de Otto Wagner, y los "Escritos", de Adolf Loos. Recomendaba entonces su lectura, no sólo como un excelente ejercicio de acercamiento a los orígenes de lo que se ha dado en llamar arquitectura moderna, sino también y muy fundamentalmente, por el placer que provoca la reflexión ante unos textos (ya clásicos pero de vigencia indiscutible), de tan acentuado carácter testimonial. Nunca como ahora el recordatorio podía ser más adecuado.

Wagner y Loos coinciden al plantear su discurso a modo de guía iniciática para jóvenes arquitectos. Ambos se preocupan tanto por la calidad de su formación como por la responsabilidad profesional ante una sociedad que adivinan llena de cambios. Para aquellos dos legendarios componentes de la primera vanguardia europea, el arquitecto es una figura cuya relevancia les interesa conservar y que hace a Wagner, con una rotunda ausencia de pudor, escribir al comienzo de su libro: "El arquitecto ha sido ensalzado como el hombre moderno más perfecto, debido a la feliz confluencia de idealismo y realismo en su persona".

Conviene ahora recordar que "La arquitectura de nuestro tiempo" se publica por primera vez en 1896 y la primera recopilación de escritos de Loos data del período 1897/1909. Es evidente que el transcurso de estos casi cien años, arte y técnica han sido capaces de desdibujar sus fronteras tanto como de sintetizar sus objetivos; y que, en la actualidad, ser "moderno" probablemente no implique ningún tipo de categoría ideal equivalente a la establecida en el anterior fin de siglo. Pero de ahí al abandono a un miope pragmatismo circunstancial y a una drástica rebaja de la identidad profesional, que se advierte en las nuevas Directrices

Generales de los Planes de Estudios de Arquitectura, hay un abismo.

El nuevo plan, como casi todo en este país, pretende vender aires de homologación europea y de paso intentar, aunque esto nunca se diga abiertamente, reducir costes en el apartado específico de la enseñanza –ya se sabe, la competitividad y las leyes del mercado, siempre terminan por establecer un precio–. Así, y dentro de esa política de recesión (donde gasto y a base de la reiterada torpeza de siempre, nuevamente se confunde con inversión), posiblemente se consiga un pequeño provinciano con titulación de perfil bajo, ¿el aldeano global?, y dado que no se puede despedir a quien aún no ha conseguido un empleo, la novedad del plan de saneamiento consiste en evitar tan dolorosa situación mediante la renuncia al futuro. Es decir, acabamos de asistir al gozoso invento del profesional "disponible", con fecha de caducidad anterior a la de consumo. Ya ni siquiera hace falta que inventen ellos.

En Viena, hace un siglo, los arquitectos de la Sezession lanzaban un lema: "A cada tiempo su arte, a cada arte su libertad". Si es cierto que mediante la educación se consigue libertad y mediante la libertad la confianza, hoy no es un día para sentirse particularmente tranquilo. La docencia, como la investigación y el compromiso profesional, acaban de sufrir un serio revés al negárseles la posibilidad de un desarrollo reflexivo, moderno, avanzado y eficiente. Titulaciones de bajo peso específico, comprimidas en un menor número de horas lectivas, no parecen las mejores cartas de presentación para una juventud que deberá enfrentarse a una competencia tan dura como abierta; y donde probablemente los pagos se establezcan en divisa fuerte.

En consonancia con los tiempos que corren, parece que hoy, nuevamente, gana la indiferencia y sus mandarines. Pierden todos los demás.